

No debemos asombrarnos de que el caso del señor Valdemar haya suscitado una discusión. Milagroso sería que no hubiese ocurrido así, particularmente en tales circunstancias. El deseo de todas las partes interesadas de que el asunto continuara en secreto, al menos por el presente, o en espera de la oportunidad de una nueva investigación, y nuestros esfuerzos por salirnos con la nuestra han dado lugar a que se difunda un relato imperfecto o exagerado entre el público y que, presentado el asunto con los colores más desagradablemente falsos, haya dado origen a un gran descrédito.

Así, pues, es necesario que dé cuenta de los hechos, por lo menos como yo mismo los entiendo, brevemente. Helos aquí:

En estos tres últimos años, y varias veces, mi atención había sido atraída por el magnetismo. Hace unos nueve meses, repentinamente acudió a mi imaginación la idea de que, en la serie de experiencias hechas hasta el presente, existía una grandísima e inexplicable laguna: nadie había sido magnetizado *in articulo mortis*. Quedaba por saber si en tal estado, el paciente podía recibir el influjo magnético; en segundo lugar, si, en el caso afirmativo, era atenuado o aumentado por esa circunstancia; y, en tercer lugar, hasta qué punto o durante cuánto tiempo las usurpaciones de la muerte podían quedar paralizadas por la operación. Se debían comprobar -- otros puntos, pero los anteriores eran los que más excitaban mi curiosidad, particularmente el último, a causa del carácter trascendental.

Buscando a mi alrededor un sujeto por medio del cual pudiese aclarar estos puntos, fijé la elección en mi amigo Ernesto Valdemar, compilador muy conocido en la Biblioteca Forense, el autor (bajo el seudónimo de Issachar Marx) de las traducciones polacas de *Wallenstein* y de *Gargantúa*. El señor Valdemar, que residía generalmente en Harlem (New York) desde el año 1839, es o era particularmente notado por la excesiva delgadez de su persona: sus miembros inferiores se parecían mucho a los de Juan Randolph, y también por la blancura de sus patillas, que contrastaban con su cabellera negra, y que todos tomaban por una peluca, por la diferencia de colores. Su temperamento

era singularmente nervioso y constituía un excelente sujeto para las experiencias magnéticas. En dos o tres ocasiones le había hecho dormir sin gran dificultad; pero quedé desconcertado acerca de otros resultados que esperaba de su particular constitución. Su voluntad nunca estuvo completamente abandonada a mi influjo y en lo que se refiere a la *clarividencia* nunca pude conseguir algo que pudiera llamarse concluyente. Siempre había atribuido mi fracaso a su mala salud. Algunos meses antes de conocerle, los médicos le habían declarado atacado por una tuberculosis muy característica. También debo decir que tenía la costumbre de hablar de su próximo fin con mucha sangre fría, como de una cosa que no podía ser evitada ni sentida.

Cuando se me ocurrieron por primera vez las ideas de que ya he hecho mención, era muy natural que pensase en el señor Valdemar. Conocía demasiado bien la filosofía del hombre para que temiese algunos escrúpulos por su parte, y como en América no tenía pariente alguno, no era de temer esta clase de intervención. Le hablé francamente, y con gran sorpresa vi que tomaba vivo interés. Digo con gran sorpresa, porque, aunque siempre se había prestado amablemente a mis experimentos, nunca manifestó el menor interés por mis estudios. Su enfermedad es de las que admite un cálculo exacto en lo que se refiere a la época de su *desenlace*; y finalmente se convino entre nosotros que me enviaría a buscar veinticuatro horas antes del término señalado por los médicos para su muerte.

Hace siete meses recibí la siguiente epístola del señor Valdemar:

*Mi querido P...:*

*Ya puede usted venir. Los señores D... y F... están de acuerdo, y me han dicho que no pasaré de mañana; y creo que han calculado bien, sobre poco más o menos.*

Recibí esta carta una media hora después de haber sido escrita, y quince minutos más tarde, me encontraba en la habitación del moribundo. No le había visto desde hace diez días, y quedé aterrado por la terrible alteración que este corto intervalo había producido en él. Su rostro tenía el color del

plomo, los ojos parecían apagados y la delgadez era tan grande que los pómulos habían quedado al descubierto. La expectoración era excesiva, y el pulso imperceptible. No obstante, conservaba todas sus facultades espirituales y cierta fuerza física, hablando distintamente, tomando sin ayuda alguna drogas paliativas, y cuando entré en la habitación estaba ocupado en escribir algunas palabras en una agenda. Se encontraba sostenido por las almohadas de su lecho y los doctores D... y F...

Después de haber estrechado la mano de Valdemar, llamé aparte a esos señores e hice que me dieran cuenta del estado del enfermo. Desde hacía dieciocho meses, el pulmón izquierdo se encontraba en un estado semihuesoso y cartilaginoso, y, por tanto, impropio para toda función vital. El pulmón derecho, en su región superior, también se había osificado, si no en su totalidad, por lo menos en parte, mientras que la parte inferior ya no era sino una masa de tubérculos purulentos, penetrándose los unos en los otros. Existían varias perforaciones profundas, y en cierto punto había una adherencia permanente en las costillas. Estos fenómenos del lóbulo eran de época relativamente reciente. La osificación había marchado con una rapidez insólita. Un mes antes, no se descubriría el menor síntoma y la adherencia no se había observado sino en estos últimos días. Independientemente de la tuberculosis, sospechábase la existencia de un aneurisma de la aorta, pero acerca de este punto los síntomas de osificación hacían imposible todo diagnóstico. La opinión de ambos médicos era que el señor Valdemar moriría a eso de la medianoche del día siguiente, el domingo. Estábamos en sábado y eran las siete y media de la tarde.

Al abandonar la cabecera del moribundo para hablar conmigo, los señores D... y F... le habían dado un supremo adiós. Los doctores no tenían intención de volver, pero a mis instancias consintieron en venir a ver al paciente a eso de las diez de la noche.

Cuando se marcharon, hablé libremente con el señor Valdemar de su próxima muerte, y más particularmente de la experiencia que nos habíamos propuesto llevar a cabo, mostrándose deseoso de comenzarla en seguida. Dos criados, un hombre y una mujer debían ayudarnos; pero no me atrevía a emprender una experiencia de tal gravedad sin tres testigos cuyos testimo--

nios ofrecieran más confianza en caso de un accidente repentino. Acababa de aplazar la operación hasta las ocho, cuando la llegada de un estudiante de medicina, con el que tenía alguna amistad, el señor Teodoro L..., me sacó definitivamente del apuro. Al principio había pensado en esperar a los médicos, pero comencé inmediatamente, empujado por las vivas instancias del señor Valdemar y porque no había que perder ni un solo momento.

El señor L... fue bastante bueno para acceder al deseo que le expresé de que tomara notas de todo cuanto ocurría y puede decir que he calcado mi relato de este proceso verbal, copiando palabra por palabra, cuando no lo he condensado.

Eran las ocho y cinco de la noche cuando, cogiendo la mano del paciente, le rogué que repitiera al señor L..., tan claramente como pudiera, su deseo de que hiciese una experiencia magnética sobre él en tales condiciones.

Valdemar repitió con voz débil, pero muy claramente:

—Sí, deseo ser magnetizado —y agregó en seguida —:Temo que lo haya aplazado demasiado tiempo.

Mientras hablaba, yo había comenzado los pases que me parecían más eficaces para dormirle. Evidentemente, sintió el influjo de mi mano desde el primer pase magnético; pero, aunque desplegara todo mi poder, no se manifestó efecto sensible hasta las diez y diez, cuando los médicos D... y F... llegaron a la cita. En pocas palabras les expliqué mi deseo; y como no hicieran objeción alguna, asegurándome que el paciente había entrado en el período agónico, continué sin vacilación, pero cambiando los pases laterales en pases longitudinales, y concentrando mi mirada en los ojos del moribundo.

Mientras tanto, su pulso se hacía imperceptible, y su respiración cada vez más dificultosa, paralizándose por intervalos de medio minuto.

Este estado duró un cuarto de hora, casi sin cambio alguno.

No obstante, al cabo de este tiempo oímos un suspiro natural, aunque horriblemente profundo, cesando la entrecortada respiración, es decir, cesando el estertor, y respirando por intervalos iguales.

Las extremidades del paciente estaban como heladas.

A las once menos cinco minutos, advertí síntomas nada equívocos del influjo magnético. La vacilación vidriosa de la mirada se cambió por esa expresión penosa de la mirada *interior*, que no se ve más que en los casos de sonambulismo, y acerca de la cual es imposible equivocarse. Con algunos pases laterales rápidos, hice palpar sus pupilas, como cuando tenemos sueño, e insistiendo un poco más, las cerré por completo. No obstante, esto no me bastaba y continué vigorosamente mis ejercicios, proyectando intensamente la voluntad, hasta que hube paralizado completamente los miembros del dormido, — después de haberle colocado en una posición aparentemente cómoda. Sus piernas se extendieron por completo y los brazos — también, reposando sobre el lecho, a una mediana distancia de los riñones. La cabeza quedó ligeramente elevada.

Cuando hube hecho todo esto, ya era más de medianoche y rogué a los presentes que examinaran la situación del señor Valdemar. Después de algunas comprobaciones reconocieron que se encontraba en un estado de catalepsia magnética sumamente perfecta.

La curiosidad de ambos médicos estaba excitada en alto grado.

El doctor D..., repentinamente, resolvió quedarse durante toda la noche al lado del paciente, y el doctor F... pidió permiso para retirarse, prometiendo volver de madrugada. El señor L... y los enfermeros se quedaron.

Hasta las tres de la mañana dejamos tranquilo al señor Valdemar.

A esa hora, me aproximé y le encontré exactamente en el mismo estado que cuando se marchó el doctor F..., es decir — que estaba extendido en la misma posición; que el pulso era —

imperceptible y la respiración tranquila, aunque apenas sensible, puesto que para darse cuenta de ella era preciso ponerle un espejo ante la boca.

Tenía los ojos cerrados con naturalidad, y los miembros tan rígidos y fríos como el mármol. No obstante, la apariencia general no era de muerte.

Al aproximarme al señor Valdemar, hice un pequeño esfuerzo para obligar a su brazo derecho a que siguiera el mío en los movimientos que yo describía dulcemente por encima de su persona.

En otro tiempo, cuando había intentado estas experiencias con el paciente, nunca había triunfado por completo, y puedo asegurar que esta vez tampoco esperaba nada satisfactorio; pero, con gran asombro, vi que su brazo seguía muy dulcemente, aunque indicándolas apenas, todas las direcciones que el mío le señalaba. Entonces traté de dirigirle algunas preguntas.

—Señor Valdemar, ¿duerme usted?

El señor Valdemar no me respondió, pero vi temblar sus labios, por lo que repetí mi pregunta tres veces. A la tercera, un estremecimiento recorrió su cuerpo; los párpados se levantaron por sí mismos para dejar al descubierto una pequeña parte del globo del ojo; los labios se movieron perezosamente y dejaron escapar estas palabras en un murmullo apenas descifrable:

—Sí, estoy dormido. ¡No me despierte! ¡Déjeme morir así!

Palpé sus miembros y los encontré tan rígidos como antes.

El brazo derecho, como hacía un momento, obedecía a la dirección de mi mano. Nuevamente interrogué al sonámbulo:

—¿Le duele aún el pecho, señor Valdemar?

La respuesta se hizo esperar un poco y aún la murmuró con menos fuerza que la anterior:

—¿Dolor? No, muero.

Por el momento, no juzgué conveniente atormentarle más, y no se dijo ni se hizo nada hasta que llegó el doctor F..., que quedó asombrado al ver vivo al enfermo, casi al amanecer. Después de haberle pulsado y haberle aplicado un espejo a los labios, me rogó que le hablara de nuevo, lo que hice inmediatamente en la siguiente forma:

—Señor Valdemar, ¿sigue usted durmiendo?

Como la vez precedente, tardó algunos minutos en responder, y, durante el intervalo, el moribundo parecía reunir toda su energía para hablar. Al interrogarle por cuarta vez, respondió muy débilmente, casi de modo ininteligible:

—Sí, duermo, muero.

Entonces, los médicos opinaron, o más bien expresaron, el deseo de que no se molestase el señor Valdemar y que continuase en este estado de coma aparente hasta que muriera; y eso debía ocurrir, y en esto estuvieron de acuerdo, en un plazo de cinco minutos.

No obstante, resolví hablarle de nuevo, repitiendo mi precedente pregunta:

Mientras hablaba se operó un gran cambio en la fisonomía del moribundo. Los ojos giraron en sus órbitas, y se abrieron; la piel tomó el color de la muerte y las dos manchas circulares héticas, que hasta ese momento estaban vigorosamente fijadas en las mejillas, se apagaron de repente. Me sirvo de esta expresión porque la rapidez de su desaparición me hizo pensar en una vela que se apaga de un soplo. Al mismo tiempo, el labio superior se contrajo, dejando al descubierto los dientes, mientras que la mandíbula inferior cayó bruscamente haciendo un ruido que fue oído por todos, dejando la boca abierta, y descubriendo por completo la hinchada y negra lengua. Presumo que todos los presentes estaban familiarizados con el espectáculo de la muerte; pero el aspecto del señor Valdemar era tan odioso en estos momentos, que todos retrocedimos llenos de terror.